

difícil convivencia que se prolonga en *Libro de Manuel*, donde se entrecruzan, en un diálogo entre el compromiso político y la escritura libérrima. (*Los tanteos mánticos*).

Estas precisiones convierten a *Julio Cortázar, al calor de tu sombra* en un libro estimable. En el ensayo que da el nombre al conjunto, Saúl Yurkievich despliega sus recuerdos personales del París de Cortázar, que compartiera con sus amigos y discípulos, al tiempo que reconstruye, una vez más, la trayectoria literaria del escritor que se le aparece como el principal forjador de la modernidad narrativa hispanoamericana.

Enriqueta Morillas

El territorio, nombrado

Hace ya casi cinco años que recibí un libro de un poeta para mí desconocido, Álvaro Valverde. Recuerdo su horrible portada verde (un verde distinto al verde brillante del último Valverde de Hiperión). Debo reconocer que no me inspiraban grandes pasiones muchos de aquellos libros que recibía. Sin embargo, el de Álvaro Valverde me llamó la atención desde el principio, quizá porque se trataba de un placentino como yo y siempre he pensado, no sé por qué, que Plasencia tiene que ser una buena tierra de poetas. Se llamaba el libro *Territorio* y lo leí con cuidado; luego hice lo que sólo en contadísimas ocasiones he hecho en mi vida: escribí una tarjeta al autor felicitándole por su obra.

Por ahora los dos discursos de Álvaro Valverde se llaman *Territorio* y *Las aguas detenidas*. De *Territorio* ya he dicho la sorpresa que me causó. Había en él cosas de sumo interés. Aunque se trataba de un libro aún vacilante, dejaba traslucir una voluntad de estilo rigurosa, una firme decisión de definir un territorio poético. De ahí que el título del libro fuera en ese sentido augural. Y efectivamente el territorio poético iba a ser descubierto, explorado, nombrado, gozado y padecido en su segundo libro, *Las aguas detenidas*.

Yo creo que Álvaro Valverde ha iniciado con buen pie su tránsito por este mundo de la poesía. Por dos razones: primera, porque ha logrado identificar muy prontamente su *territorio poético*; y segunda, porque en el oleaje de los movimientos o agrupamientos generacionales su barca mantiene una buena línea de flotación.

No me voy a ocupar de esta segunda vertiente. Supongo que todo el que hable ahora de Álvaro Valverde se acogerá a la protección selectiva que José Luis García Martín le ha brindado en su libro *La generación de los ochenta*. Álvaro está dentro de este libro y de esa generación. Lo único bueno, o lo mejor, de tal bautizo es que los críticos a partir de ahora se tropezarán inevitablemente con el nombre de Álvaro Valverde cuando quieran hablar de la poesía de hoy. A los que quieran conocer esta orilla de Valverde les recomiendo que lean el libro de García Martín.

Pero yo no deseo meterme en esos berengenaes. Pretendo simplemente transcribir una breves notas de lectura de *Las aguas detenidas*, transmitir el gozo que me ha producido este libro de poemas.

En primer lugar hablaré del título. Una vez descubierto el territorio, había que nombrarlo. Valverde lo ha hecho con el rótulo de *Las aguas detenidas*. A pesar de ser una bella expresión, no sé si es la más afortunada para designar un espacio en el que las aguas no me parecen las protagonistas.

Los que somos de Plasencia conocemos bien el territorio físico, sabemos de las piedras de los palacios y del leve sol sobre la cinta del Jerte. ¿Cómo ha nombrado Álvaro Valverde ese ámbito en su poesía, ese «paraíso descrito en la página ileta»? Pensemos en un cuadro impresionista. Álvaro habla de arcos, balcones coloniales, magnolios, cenadores, cerezos, limos, oquedales, malezas, gargantas, moras, cañas, ortigas, mimbres, tabaco, toronjas, senderos, naranjos, bosques, sombras, colinas, musgo, arándanos, orillas, jazmines, viñas. Esa es precisamente nuestra naturaleza, realizada a golpe de pincelada evocadora.

Sin embargo, da igual conocer o no estos lugares. Lo que Valverde nos ofrece es su propio paraíso, que ya no es la realidad geográfica que nos circunda, sino una realidad poética, por tanto irreplicable. La poesía es siempre una aventura, en el sentido de que es el descubrimiento de algo que sólo cobra su verdadero sentido cuando es nombrado. Yo tengo preferencia por este tipo de poesía en la que el poeta juega a demiurgo, despliega su poder creador sobre un espacio y le da realidad poética. De ahí mi admiración sin límites por un libro como *Anábasis* de Saint-John Perse, en el que el poeta se hace cronista de un universo impenetrable y secreto que él va creando al mismo tiempo que lo relata. En el libro de Valverde hay esta ambición de acotar un espacio y marcarlo, como se marca a una res.

Lo primero que llama la atención en este libro es su estatismo, una especie de parón de la Historia, una paradójica sensación de corriente detenida, de tiempo inmóvil a partir del cual precisamente se vive el paso del tiempo como amenaza y como condena.

Lo que estoy queriendo decir con este asedio arbitrario al texto de Valverde es que, efectivamente, el poeta nombra, pero lo hace desde la mirada. Si hubiera que encontrar aquí al protagonista del libro éste no podría ser otro más que la mirada. Quien haya redactado la nota de la contraportada del libro de Valverde, sabe lo que se hace porque ciertamente está ofreciendo las claves de su poesía.

La mirada es en *Las aguas detenidas* la piedra filosofal, el punto de vista estético («una clara visión», según se repite en el primer poema). El propio término aparece en numerosas ocasiones a lo largo del texto, como para que no olvidemos que hay un ojo

poderoso y sagaz que recorre el paraíso, pero lo hace con una lentitud que parecería anular el tiempo del recorrido. Valverde lo dice en estos versos que son quizás los mejores del libro: «Hasta la noche vuelve en el aroma/ el respirar lentísimo del agua/ y nuestra leve vida vuelve acaso/ siquiera sostenida en ese instante» (Me he permitido suprimir el último verso que dice: «para evocar olvidos». Los poetas podemos permitirnos manipular a los otros poetas).

La mirada («se detiene a contemplar la cicatriz de los cercados», dice el poeta) traza, pues, una travesía; pero no es una mirada simplemente observadora; va acompañada de un palpito de nostalgia; es una mirada que dura un «instante poético»; una mirada definitiva que procede de la memoria. Y es que toda poesía intimista, o como quiera llamarse, está escrita a través de la memoria, y ésta de Álvaro Valverde no es una excepción a la regla.

En realidad la poesía que entendemos por lírica (un concepto sumamente amplio) se apoya en dos pilares clásicos, que son la memoria y el tiempo, y hoy por hoy Valverde es un poeta clásico que se sigue moviendo en esas dos claves. No hay nada revolucionario en su expresión poética, ninguna ruptura irreparable, pero su libro es un todo sin fisuras, hermosamente granítico (¿cómo decir que al mismo tiempo es poroso y transparente?), una «historia» cerrada y redonda como pueda serlo la sucesión de las cuatro estaciones del año.

Las aguas detenidas es un libro extremadamente maduro. Con ello quiero decir que el poeta demuestra ser dueño y maestro de sus recursos y que no está dispuesto al menor traspies. No quiere transitar por zonas que amenacen peligro por ruina, pantano o abismo. Su palabra poética es sólida, como su metáfora, segura, sin vacilación ni duda. Pero también sin riesgo y eso puede ser un problema. No hay, por decirlo así, extremosidades; a Valverde le gusta, curiosamente, mostrar esa seguridad para moverse por el territorio de lo incierto, de la levedad temporal, con la sensación del «paso de las aves», con el método de la ambigüedad, la sombra difuminada, a veces el sabio equívoco; en cuanto se le escapa una definición excesiva la contrarresta inmediatamente con una concepto antonímico.

Este clasicismo, en alguna ocasión teñido de decidido barroquismo o incluso de gongorismo (el comienzo del poema II), aproxima la poesía de Valverde a alguno de los más nombrados exponentes del grupo del 50, quizá Claudio Rodríguez o Brines, si bien percibo asimismo huellas de un Gimferrer o un Colinas. Deseo simplemente señalar el carácter *naturalista* de este libro, en el sentido de que lo conceptual y lo livianamente sentimental se produce a través de imágenes de la Naturaleza; el pensamiento puro está ausente y las pasiones humanas quedan soterradas bajo la fuerza de un equilibrio que no es sino una necesidad de conocimiento y nombradía, de paz y comprensión. Hasta el propio deslumbramiento de la Naturaleza es compensado por una voz poética que no quiere entusiasmarse sino sólo «ver» y decir con suavidad, sin estridencias, estéticamente. Se diría que Valverde daría su vida por la exactitud de una bella expresión poética.

«La casa está en silencio, el mundo en calma». Este verso de Wallace Stevens le sirve a Álvaro Valverde como consagración de su paisaje interno y externo. Nada debe ser